

Existe la Forma, Falta el Fondo

Elecciones sin Credibilidad

- ★ Crean el Espacio Necesario Para las Buenas Conciencias
- ★ Un Precio que por Ahora la Sociedad no Quiere Pagar
- ★ Triste Modernidad Nuestra; ¡se Parece Tanto al Pasado!

LORENZO MEYER

Antes, la característica central de las elecciones mexicanas era su falta de competitividad. Hoy esa característica se ha reducido a la simple ausencia de credibilidad.

Las elecciones actuales no son, en su esencia, diferentes de, por ejemplo, las elecciones con que se inauguró el partido del Estado, y gracias a las cuales se pretendió hacer creer al país que un ilustre desconocido, el general e ingeniero Pascual Ortiz Rubio, realmente se había llevado un sorprendente 93.55% del voto popular, en tanto que la ciudadanía sólo había dado un raquítico 5.33% a su contendiente: José Vasconcelos, civil, maderista desde el origen de ese movimiento, revolucionario y arquitecto de la magnífica revolución educativa y cultural del principio de los años veinte ¡Elecciones increíbles desde su origen hasta el día de hoy!

En función del pasado de 1929, de 1940, de 1952 o de 1988 —para sólo mencionar los momentos cumbres— las últimas elecciones en Coahuila y en el

Elecciones sin Credibilidad

Segue de la primera plana

estado de México son más o menos las que cualquier mexicano normal esperaba: las del "ratón loco" o del "carrusel". Se trata de elecciones sin sorpresa en los métodos o en los resultados. A estas alturas, a muy pocos puede asombrar, por ejemplo, la secuencia de tres fotografías publicadas en *La Jornada* del lunes pasado, y donde apa-

rece una señora de charra blanca en la entrada de la casilla 35A de la colonia Altamira, en Nahuacalpan, repartiendo credenciales de elector con el mismo desparpajo —y aquí sigo lo asentado en el pie de foto— con que un jugador reparte las barajas en la mesa de juego. El juego de la enchamarrada es uno ya muy viejo entre los mexicanos, muy arraigado y que, pese a su origen

premoderno, parece sobrevivir muy bien en la atmósfera tecnocrática y cosmopolita de la actual élite del poder.

Estoy seguro que muy pocos mexicanos se sorprenderían, por ejemplo, con el relato que me hizo hace tres días una periodista extranjera que observó de cerca los comicios mexiquenses del domingo pasado. En cumplimiento de su misión, esa joven siguió a un grupo de personas que viajaban en combis y marchaban juntas hacia las casillas llevando en la solapa un distintivo verde con un jaguar en el centro. Se animó a preguntarles que quiénes eran, y le contestaron: "somos observadores"; "¿de qué organización o partido?" fue la siguiente pregunta, "quién sabe", fue la respuesta. "¿En dónde viven, de dónde vienen?" insistió la periodista, "de por ahí", fue la tercera, precisa y última respuesta. Como comprenderá el lector la reportera a la que me reflejo se había topado con una de las "brigadas volantes" que tenían a su cargo el "carrusel" priista, y que, como se reportó en varios diarios, tenían el distintivo verde como la contraseña que les permitió votar en repetidas ocasiones en casillas seleccionadas de antemano. Además, la tinta supuestamente indeleble se borraba con una lavada.

★

Bueno, para qué seguir con un relato que, con variantes, a estas alturas ya es de todos conocido. Las elecciones del domingo pasado en el estado de México se mantuvieron dentro de la pauta marcada, entre otras, por las elecciones de Chihuahua en 1986 las de la "caída del sistema", las de Michoacán y Guerrero el año pasado y las del pasado fin de mes en Coahuila. Se trata de elecciones donde ya no se buscó la credibilidad no sólo porque ésta ya no es posible sino, y esto es lo interesante, tampoco es necesaria.

vo de las elecciones —permitir que por un momento la voluntad de cada ciudadano valga exactamente lo mismo que la de los demás, y que sea esa voluntad y sólo esa, la que decida quiénes deberán ocupar los altos cargos públicos del país— pero no pueden darse el lujo de no efectuarlas.

Pero lo anterior no es todo. En la práctica, nuestros comicios cumplen con otro objetivo realmente importante: crear el espacio necesario para las buenas conciencias. La formalidad electoral permite que todos aquellos que así lo desean, porque les conviene, puedan actuar como si realmente esas elecciones fueran lo que en realidad no son: el origen de la legitimidad de los gobernadores. Para comprender mejor este punto tomemos un ejemplo. Cumplido el compromiso de celebrar elecciones, e independientemente de los "carruseles", "ratones locos" y demás artimañas, los poderes extranjeros —gobiernos, bancos, firmas industriales, etc.— pueden decirse a sí mismos y a los demás, que al tratar con nuestros gobernantes están tratando no con un poder legítimo, constitucional, cuyos compromisos —como por ejemplo, el de endeudarse hasta más allá de lo razonable— representan la voluntad del pueblo. En realidad, todos los gobiernos o todos los grupos financieros extranjeros que tratan con las autoridades mexicanas, saben muy bien la verdadera naturaleza de nuestro sistema político —es un sistema a voces lo de "la dictadura perfecta"— pero eso les tiene sin cuidado. Pa-

SIGUE EN LA PAGINA ONCE

La verdadera naturaleza de elecciones como las últimas en el estado de México es ya muy evidente no sólo para quienes las preparan —el gobierno—, y para quienes las sufren —la oposición—, sino también para la opinión pública nacional y para los medios de información internacionales, es decir, los de casa y los de fuera. Son elecciones cuyos resultados no convencen a nadie y que por tanto no son la fuente de legitimidad que la ley supone. Sin embargo, no son elecciones inútiles, para el gobierno y su partido tienen mucho sentido. En primer lugar, cumplen con la forma. Hay que llevarlas a cabo porque así lo ordena una legislación, en este sentido las elecciones son, como las estaciones del año, acontecimientos inevitables. Ni Don Porfirio, ni ninguno de los gobiernos que le siguieron dejaron de observar escrupulosamente el calendario electoral. Las autoridades pueden destruir el propósito sustanti-

ELECCIONES SIN CREDIBILIDAD

Sigue de la página diez

En esos intereses lo único que realmente cuenta es que quienes estén al frente del gobierno mexicano sean efectivos y cumplan cabalmente con sus compromisos internacionales mientras esas condiciones se cumplan, los poderosos del exterior estarán bien dispuestos a aparentar que las elecciones mexicanas son tan puras como las de Suiza y que las autoridades que de ellas parecen emanar son tan democráticas como el mismísimo Jean Jacques Rousseau. Obviamente, dentro del país esa confusión consistente entre la forma y el fondo también funciona, y mejor. La forma sin contenido está a disposición de los que deseen usarla: desde empresarios hasta burócratas, desde obispos hasta líderes obreros, desde intelectuales hasta jefes de manzana. Esa es la verdadera utilidad de nuestras elecciones.

Ahora bien, y aquí está el meollo de la cuestión, las elecciones sin credibilidad sólo pueden ser efectivas mientras la sociedad no

tenga la posibilidad de reaccionar frente a la imposición. Y ese es, desgraciadamente, el caso de México en este momento. La mayoría de los ciudadanos simplemente mandan al diablo a las urnas y a sus "carruseles", "tacos" y "ratones locos" et al, y de esta manera le dan al abstencionismo el primer lugar en la contienda. Los partidos de oposición son unos pobres David enfrentados a Goliat, pero sin tener siquiera la piedra y la honda. El PAN, por su naturaleza, no es una organización que vea en la violencia un instrumento político aceptable o deseable, y últimamente está más interesado en negociar con Goliat que en matarlo. La tradición de la Izquierda es diferente, pero hoy el FRD está comprometido a mantenerse dentro de cauces no violentos porque, entre otras cosas, la sociedad mexicana no parece por ahora estar dispuesta a volver a pagar el alto costo que implica llevar la lucha política a un plano donde el enemigo no sean las brigadas volantes del PRI sino la "Brigada Blanca" del

ejército. Para muchos mexicanos, la experiencia histórica o la cotidiana y personal ha mostrado que el enfrentamiento directo con los aparatos de violencia del gobierno conlleva sacrificios muy altos, y los resultados finales rara vez, si es que alguna, han estado a la altura de ese sacrificio.

El grupo en el poder sabe muy bien de esa poca disposición de la mayoría de los ciudadanos mexicanos a hacer frente a la acción represiva del Estado en defensa del voto, es decir, en defensa del respeto a su calidad de fuente de la soberanía popular. Y es justamente por ese conocimiento, que una y otra vez el grupo gobernante coloca a los partidos de oposición y a los votantes en general en situaciones límite: se acatan los resultados oficiales aunque no tengan credibilidad, o partidos y ciudadanía se atienen a las terribles consecuencias que pudiera desatar la violencia estatal, una violencia que, desencadenada, no se detiene ante límites constitucionales o de simple humanidad, como bien se vio en 1986 o durante la "guerra sucia" de los setenta. Hasta ahora, la realidad ha probado que quienes han

apostado a las elecciones sin credibilidad han ganado la partida. Triste modernidad nuestra, ¡se parece tanto al pasado!